

El marica

de Abelardo Castillo

en **Cuentos para ESI en Lectura Fácil**

Recursos para trabajar
en escuelas inclusivas

Cuentos para ESI en Lectura Fácil: recursos para trabajar en escuelas inclusivas. AAVV.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lengua Franca , 2021.
Libro digital, PDF - (Materiales para ESI en Lectura Fácil. 1 ; 1)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-46826-4-2
1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. 3. Educación Sexual Integral.
CDD A863

© de la adaptación, Lengua Franca, 2021.
© de la edición, Lengua Franca, 2021.
© de las ilustraciones, Lengua Franca, 2021.

© de “La cámara oscura”, Angélica Gorodischer.
© de “El ilustre amor”, Herederos de Manuel Mujica Lainez.
© de “El marica”, Sylvia Iparraguirre. Edición tomada del libro Las otras puertas, de Abelardo Castillo.

Primera edición: abril de 2021

Adaptación: Analía Gutiérrez

Edición: Julia Otero

Colaboración: Manuela Sagray y Camila Monteverde

Ilustraciones: CJ Camba (El marica), Aymar Mont (Cuca), Camila Torre Notari (La cámara oscura), Cons Oroza (Rahutia), Flora Nómada (Florencia Alvarado) (El ilustre amor).

Diseño: Nicolás Mandrafina

Equipo de validación: Fundación Caminos.



Este logotipo identifica los materiales que siguen las directrices internacionales de la IFLA (International Federation of Library Associations and Institutions) e Inclusion Europe en cuanto a lenguaje, contenido y forma, a fin de facilitar su comprensión. Lo otorga la Asociación Lectura Fácil (www.lecturafacil.net).

Esta obra fue financiada con el apoyo de la Dirección de Fortalecimiento de la Sociedad Civil y la Comisión para la Plena Participación e Inclusión de las Personas con Discapacidad (COPIDIS).

Lengua Franca

linktr.ee/lengua_franca

Libro editado en Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Abelardo guarda un secreto.
Cuando eran chicos, él y César fueron amigos.
Tenían una relación muy especial.
Pero algo pasó una noche y se distanciaron.
Ahora Abelardo necesita contarle a César
qué sentía cuando era chico y qué pasó aquella noche.

El escritor **Abelardo Castillo** escribió cuentos y novelas.
Se relacionó con escritores y escritoras de su época,
de Argentina y de toda Latinoamérica.
Fundó dos revistas literarias
y recibió muchos premios nacionales e internacionales.

El marica

de Abelardo Castillo

Escuchame, César.
Pasó mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.
No sé dónde estás ahora,
pero me gustaría que leas esto que escribo.

Esta noche voy contarte algo.
Es un recuerdo que tengo escondido.
Un recuerdo que me da vergüenza y duele.
Si no se lo cuento a alguien, va a seguir ahí escondido,
doliendo y dándome vergüenza.
Por eso voy a escribirlo.

Vos eras raro, César.
No podías hacer pis si había otro pibe en el baño.
Y en la Laguna, nunca te desnudabas delante de nosotros.
A los otros les daba risa.
Y a mí también, claro.
Pero yo les decía:

-¡Déjenlo! Cada uno es como es.

Cuando empezaste la secundaria con nosotros
venías de un colegio de curas.
No te gustaba trepar a los árboles
ni romper faroles a **cascotazos**¹.
Tampoco te gustaba correr carreras bajando por las **barrancas**².

Yo no recuerdo cuándo comenzamos a ser amigos.
Y tampoco recuerdo por qué.
Solo recuerdo que un día éramos amigos
y siempre andábamos juntos.

Un domingo me llevaste a misa.
Cuando vos y yo pasamos frente al café,
uno de ellos dijo con voz de mujer:

-¡Adiós! ¡Los novios!

-
1. Un **cascotazo** es un golpe que se da con un pedazo de ladrillo u otro material de una construcción.
 2. Una **barranca** es el terreno que baja hacia un río o arroyo.

Tu cara se puso colorada como el fuego.
Yo me di vuelta, lo puteé
y le di un tremendo **sopapo**³ en los dientes.
Le pegué tan fuerte, que me lastimé la mano.
Después, vos me la querías vendar.
Me miraste y me dijiste:

—Te lastimaste por mí, Abelardo.

Yo sentí un frío en la espalda.
Tenía mi mano entre tus manos,
que eran blancas y delgadas.
Muy blancas, delgadas y delicadas.

—Soltame —dije.

3. Un **sopapo** es un golpe que se da en la cara con la mano.



A lo mejor, no solo tus manos eran delicadas.
Todo vos lo eras: tus gestos,
tu manera de moverte y de hablar.

A mí no me importaba.
Yo pensaba que era por tu educación,
por estar siempre entre mujeres y entre curas.
Pero a ellos sí les importaba y se reían.
Y al final, yo también me reía, César.
Me reía para mostrar que **era un macho**⁴.

Pero el tiempo pasó, César.
Y esta noche necesito recordar y decir todo.

Yo te quise de verdad.
Vos eras un poco menor que nosotros
y me gustaba ayudarte.
A la salida del colegio íbamos a tu casa
y yo te explicaba las cosas que no comprendías.
Hablábamos y me resultaba fácil contarte mis cosas.

4. Mucha gente cree que un hombre es un **macho**
si, por ejemplo, es fuerte, no llora y le gustan las mujeres.

A veces me mirabas con una mirada rara.
Pero yo nunca me atrevía a mirarte igual.

Una tarde me dijiste:

—¿Sabés? Te admiro.

Me lo dijiste mirándome de frente.
Y yo tuve que bajar la mirada
porque no pude aguantar tus ojos.

Ellos decían que eras marica.
Y yo les contestaba:

—¡Qué va a ser un marica!

—Por algo lo cuidás tanto—me respondían.

Alguna vez tuve ganas de decirles
que vos eras mejor que todos nosotros.
Pero en esa época éramos chicos.
Y era más fácil reírnos que decir lo que sentíamos con palabras.

Una noche vino el Negro
y nos preguntó si queríamos verle la cara a Dios.
Era una forma de decirnos
si queríamos tener sexo con una mujer.

—Me pasaron un dato —dijo el Negro—
En las Quintas hay una gorda
que cobra cinco pesos por acostarse con ella.
Vamos y de paso el César le ve la cara a Dios.

“Macanudo”⁵, dije y fui a verte:

—César, esta noche vamos a dar
una vuelta con los muchachos.
Quiero que vengas.

—¿Con los muchachos? —me preguntaste extrañado.

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

5. **“Macanudo”** se usaba como “Bueno”, “Genial”, “Súper”.
Servía para aceptar o para decir que algo era maravilloso.

Así que no solo acepté, además te llevé engañado.

Esa noche, la luna estaba enorme, alta entre los árboles.
Cuando llegamos al rancho de la gorda,
vos te diste cuenta a qué íbamos:

—Abelardo, vos lo sabías.

—Callate y entrá —te dije yo.

—¡Lo sabías!

El marido de la gorda era un tipo grandote.
Nos recibió en la puerta
y nos dijo que eran 5 pesos cada uno.

De la pieza salió un chico de 4 o 5 años.
Era el hijo de la gorda.
Le caían los mocos por la nariz
y se pasaba la mano por la boca.

Nunca me voy a olvidar de ese gesto.
Tenía los pies desnudos y sucios, del color del piso de tierra.

El Negro fue el primero en entrar a la pieza de la gorda.
Los demás esperamos en el patio.
Yo estaba nervioso y no me animaba a mirarte.
Los otros hacían chistes brutales.
Todos estábamos asustados como locos.

-La gorda debe estar sucia- dijo Aníbal temblando de miedo.

Cuando el negro salió venía sonriendo, triunfador.
Se abrochaba la bragueta del pantalón.
Nos guiñó un ojo y me dijo: "Pasá vos".
Pero yo no quise.



Los muchachos fueron entrando de a uno.
Primero el Colorado, después Aníbal.
Cuando salían, salían distintos.
Salían hombres.

Después entré yo y cuando salí al patio, vos no estabas.

El marido de la gorda estaba tomando mate contra un árbol.
El chico jugaba entre sus piernas

—¿Dónde está César?—pregunté.

—Se ve que se asustó—dijo el hombre—.
Se escapó **pa ayá**⁶.

Y señaló con la misma mano que sostenía la pava.
El chico sonreía y también dijo: “pa ayá”.

Yo salí a buscarte y te alcancé frente al Matadero Viejo.

Vos te quedaste contra un cerco y me mirabas.

6. “**Pa ayá**” es una forma rápida de decir “para allá”.

—Lo sabías —me dijiste.

—¡Volvé!

—No puedo. Abelardo, te juro que no puedo.

—Volvé, animal.

—Por Dios, Abelardo, que no puedo.

—Volvé o te llevo a patadas en el culo.

La luna grande y muy blanca brillaba entre los árboles.

Iluminaba tu cara de tristeza o de vergüenza,

tu cara de pedirme perdón.

Yo sentí que debía golpearte y lastimarte

para olvidar lo que había pasado esa noche.

Así que te golpeé y tu hermosa cara se desfiguró.

Pero vos no te defendiste.

Te llevaste la mano a la boca,

igual que el chico cuando salía de la pieza.

—Bruto —dijiste—. Bruto de porquería. Te odio.
Sos igual. Sos peor que los otros.

Cuando te ibas, te grité:

—Maricón. Maricón de mierda.

Escuchame, César.

Es necesario que leas esto.

Porque hay recuerdos que uno lleva escondidos
y dan vergüenza.

Dan tanta vergüenza que cuando uno se mira al espejo,
se escupe la cara.

Aquella noche, cuando salí de la pieza de la gorda,
yo le pedí a ella que no le contara a los otros
lo que había pasado.

Porque esa noche, en la pieza, yo no pude.
Yo tampoco pude.